Introducción: ¿Puede el hombre reparar el mundo sin Dios?

Vivimos en una época fascinada por la idea de transformar el mundo. Se habla constantemente de justicia social, solidaridad, igualdad, sostenibilidad, reconciliación, derechos humanos y construcción de una sociedad mejor. Son aspiraciones que, consideradas en sí mismas, pueden contener bienes auténticos y responder a necesidades profundamente humanas.

Sin embargo, detrás de determinadas propuestas de transformación social existe una cuestión mucho más profunda: ¿puede la humanidad reparar verdaderamente el mundo por sus propias fuerzas o necesita ser redimida por Dios?

Esta pregunta nos conduce a un concepto de la tradición religiosa judía conocido como Tikún Olam (תיקון עולם), expresión hebrea que suele traducirse como «reparación del mundo», «restauración del mundo» o «perfeccionamiento del mundo».

En determinados ambientes judíos contemporáneos, esta expresión se utiliza para describir el compromiso con la justicia social, la solidaridad, la protección de los vulnerables y la responsabilidad moral de contribuir a mejorar la sociedad.

A primera vista, muchas de estas aspiraciones parecen coincidir con enseñanzas fundamentales del cristianismo. También la Iglesia católica exige al cristiano que cuide del prójimo, combata la injusticia, practique la misericordia y trabaje por el bien común.

Pero existe una diferencia teológica fundamental que merece ser examinada: para el cristianismo, la restauración definitiva del mundo no es una obra que la humanidad pueda realizar autónomamente, sino una obra de Dios, consumada en Jesucristo.

Aquí aparece la cuestión que queremos abordar: ¿qué objeciones puede plantear un católico al Tikún Olam? ¿Dónde termina la legítima responsabilidad humana de mejorar la sociedad y dónde comienza una concepción de la salvación que prescinde de Cristo?

Para responder con rigor, debemos evitar dos errores: presentar el judaísmo como una realidad homogénea, ignorando la diversidad de sus corrientes, o atribuir al Tikún Olam afirmaciones que no forman parte necesariamente de su significado.

La crítica católica debe dirigirse a las concepciones concretas que puedan resultar incompatibles con la fe cristiana, no a la dignidad de quienes profesan la religión judía ni a su legítimo compromiso con el bien.

Porque la cuestión esencial no es si debemos reparar el mundo. La cuestión es quién puede redimirlo verdaderamente.

1. ¿Qué significa realmente Tikún Olam?

La expresión hebrea Tikún Olam está formada por dos palabras:

- Tikún: reparación, corrección, restauración o rectificación.
- Olam: mundo, universo o realidad temporal.

Su traducción habitual es «reparar el mundo».

Sin embargo, sería históricamente incorrecto afirmar que esta expresión siempre ha significado lo mismo o que constituye una doctrina única compartida de idéntica manera por todos los judíos.

Su evolución histórica es más compleja.

Los primeros antecedentes rabínicos

Una de las primeras apariciones relevantes de la expresión se encuentra en la Mishná, concretamente en el tratado Guitín 4,2 y en otros pasajes del mismo tratado.

La Mishná es una recopilación de enseñanzas jurídicas y tradiciones rabínicas cuya redacción se sitúa aproximadamente a comienzos del siglo III.

En estos textos aparece la expresión mipnei tikkun ha-olam, que puede traducirse como «por el bien del orden del mundo» o «para el buen funcionamiento de la sociedad».

Se utiliza para justificar determinadas disposiciones jurídicas destinadas a evitar abusos, proteger a personas vulnerables y favorecer la estabilidad de las relaciones sociales.

Por ejemplo, algunas normas relativas a los documentos de divorcio se justifican mediante esta consideración.

En este contexto, Tikún Olam no significa que el hombre deba construir un mundo perfecto ni que pueda alcanzar una salvación sobrenatural mediante la transformación social.

Su sentido es principalmente jurídico y comunitario: establecer disposiciones que favorezcan el orden y eviten determinados daños.

La dimensión mística: la Cábala de Isaac Luria

Otro desarrollo importante aparece en la tradición mística judía, especialmente en la Cábala luriana del siglo XVI.

El rabino Isaac Luria (1534-1572), conocido como el Ari, desarrolló una compleja interpretación mística de la creación y de la relación entre Dios y el universo.

En esta tradición aparece una concepción de la reparación cósmica vinculada a la doctrina de la ruptura de los recipientes (shevirat ha-kelim) y a la dispersión de las chispas de luz divina.

Según esta interpretación mística, la realidad creada se encuentra afectada por una ruptura primordial cuya restauración está relacionada con el cumplimiento de los mandamientos y las acciones religiosas.

El ser humano participa así, mediante sus actos, en un proceso de restauración espiritual del orden de la creación.

Conviene precisar que estamos hablando de una corriente específica de la mística judía, no de una creencia que pueda atribuirse indiscriminadamente a todos los judíos.

El significado contemporáneo: justicia social

En las últimas décadas, Tikún Olam ha adquirido una presencia importante en determinados sectores del judaísmo contemporáneo.

Su significado se ha extendido a cuestiones como:

- La lucha contra la pobreza.
- La protección de los derechos humanos.
- La asistencia a personas vulnerables.
- La defensa de la justicia social.
- La protección del medio ambiente.
- La cooperación entre comunidades.
- La construcción de sociedades más justas.

Este uso contemporáneo tiene una relación histórica e intelectual con desarrollos anteriores, pero no debe confundirse automáticamente con el significado jurídico de la Mishná ni con la cosmología de la Cábala luriana.

Es importante reconocer esta diversidad para no construir una crítica católica sobre una definición simplificada o inexacta.

La expresión puede designar desde una preocupación legítima por el bien común hasta interpretaciones religiosas más amplias sobre la restauración del universo.

Y es precisamente en este último terreno donde aparecen cuestiones teológicas que merecen especial atención.

2. La primera objeción católica: el mundo necesita redención, no solamente reparación

El cristianismo comienza con una afirmación fundamental: el mundo ha sido creado bueno por Dios, pero el pecado ha herido profundamente la relación entre el hombre, su Creador, sus semejantes y la propia creación.

El problema de la humanidad no consiste únicamente en la existencia de instituciones injustas, estructuras deficientes o comportamientos antisociales.

El problema es mucho más profundo.

El pecado ha introducido en el corazón humano el orgullo, la codicia, la violencia, la soberbia, la envidia y la rebelión contra Dios.

El hombre no necesita únicamente mejorar sus condiciones externas. Necesita ser reconciliado con su Creador.

El libro del Génesis presenta el origen de esta ruptura:

«Vio la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, y tomó de su fruto y comió» (Génesis 3,6).

El pecado original no fue simplemente un error de organización social. Fue una desobediencia a Dios, una ruptura de la relación fundamental de la criatura con su Creador.

Desde entonces, la humanidad experimenta una herida que afecta a toda su existencia.

Por eso, aunque las reformas sociales sean necesarias, no pueden resolver por sí mismas el drama fundamental del hombre.

Podemos mejorar las leyes, construir hospitales, combatir la pobreza, desarrollar instituciones y establecer mecanismos de protección social. Todo ello puede ser bueno y necesario.

Pero ninguna reforma política puede borrar el pecado original.

Ninguna legislación puede conceder la gracia santificante.

Ningún programa de justicia social puede reconciliar por sí mismo al hombre con Dios.

Aquí encontramos una primera diferencia esencial entre una visión puramente humanista de la reparación del mundo y la concepción cristiana de la redención.

El cristianismo no considera que el hombre sea simplemente un mundo deteriorado que necesita ser reorganizado. Lo considera una criatura herida por el pecado que necesita ser salvada por Jesucristo.

San Pablo expresa esta realidad con una claridad extraordinaria:

«Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Romanos 3,23-24).

La salvación no nace de la autosuficiencia humana. Es un don de Dios.

3. La segunda objeción: ninguna obra humana puede sustituir la gracia divina

Una de las grandes diferencias entre el pensamiento cristiano y cualquier concepción de la salvación basada exclusivamente en la capacidad humana se encuentra en la doctrina de la gracia.

La Iglesia católica enseña que el hombre necesita la gracia para alcanzar la vida sobrenatural.

Esto no significa que las obras humanas carezcan de importancia. Todo lo contrario.

La fe católica enseña que la gracia transforma al hombre y lo capacita para realizar obras verdaderamente buenas.

Pero existe un orden que no puede invertirse: no hacemos buenas obras para comprar la salvación; realizamos buenas obras porque Dios nos concede su gracia y nos llama a vivir en la caridad.

San Pablo lo explica en la carta a los Efesios:

«Porque habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús para realizar las buenas obras que Dios preparó de antemano para que las practicáramos» (Efesios 2,8-10).

El orden es fundamental.

Primero, la iniciativa divina.

Después, la respuesta libre del hombre.

Finalmente, una vida transformada por la gracia que se manifiesta en obras de amor.

El Catecismo de la Iglesia Católica, especialmente en sus números 1996-2001, desarrolla esta doctrina.

La gracia es un don gratuito de Dios que nos introduce en su vida y nos permite participar de su naturaleza divina.

No es una recompensa que el hombre obtiene mediante sus propios méritos naturales.

Tampoco es una energía que pueda producir mediante sus esfuerzos morales.

Es un don sobrenatural.

Esto plantea una objeción importante frente a cualquier interpretación de Tikún Olam que pretenda convertir la transformación moral o social de la humanidad en una especie de camino autónomo de salvación.

Un mundo más justo no equivale necesariamente a un mundo redimido.

Una sociedad más próspera no es automáticamente una sociedad santa.

Un ser humano comprometido con causas nobles no queda por ello reconciliado con Dios.

La justicia social es un bien. La santidad es mucho más que la justicia social.

Y la salvación eterna no puede reducirse a ninguna de las dos cosas consideradas aisladamente.

4. La tercera objeción: la restauración definitiva del mundo pertenece a Cristo

Aquí llegamos al centro de la cuestión cristológica.

La fe católica no enseña que la humanidad deba limitarse a esperar pasivamente una intervención divina.

El cristiano tiene responsabilidades concretas en la transformación de la sociedad.

Sin embargo, distingue cuidadosamente entre el progreso humano y la plenitud del Reino de Dios.

Esta distinción es fundamental.

La Sagrada Escritura presenta a Jesucristo como el centro de la restauración universal.

San Pablo escribe:

«Para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Efesios 1,10).

No es el hombre quien constituye el principio último de la restauración del universo.

Es Cristo.

El mundo no encuentra su destino definitivo en una civilización perfecta construida por las capacidades humanas, sino en la recapitulación de todas las cosas en Jesucristo.

Esta enseñanza tiene una profunda dimensión escatológica.

La escatología es la parte de la teología que estudia las realidades últimas: la muerte, el juicio, la resurrección, la vida eterna y la consumación definitiva de la creación.

Según la fe católica, la historia no camina simplemente hacia un futuro de progreso

indefinido.

Camina hacia un acontecimiento definitivo: la segunda venida de Cristo y la plenitud de su Reino.

El Apocalipsis describe esta esperanza:

«Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron» (Apocalipsis 21,1).

Y añade:

«Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Apocalipsis 21,4).

Observemos algo importante.

La humanidad puede aliviar el sufrimiento, pero no puede eliminar definitivamente la muerte.

Puede desarrollar la medicina, pero no puede conceder la resurrección.

Puede combatir las injusticias, pero no puede establecer por sus propias fuerzas la justicia perfecta del juicio divino.

Puede construir sociedades más humanas, pero no puede crear por sí misma los cielos nuevos y la tierra nueva.

La restauración definitiva no será el resultado final de un proyecto político, cultural o religioso humano. Será la obra soberana de Dios.

El Catecismo desarrolla esta enseñanza en los números 1042-1050.

Particularmente importante es el número 1049, que recuerda que la esperanza de una tierra nueva no debe disminuir nuestra preocupación por el mundo presente.

Al contrario, debe estimularla.

Pero el mismo texto insiste en que es necesario distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo.

Esta distinción constituye uno de los criterios más importantes para evaluar cualquier

propuesta de transformación del mundo.

5. Una precisión necesaria: el cristianismo tampoco desprecia la reparación del mundo

Sería un error concluir que la Iglesia católica rechaza la idea de trabajar por la restauración de la sociedad.

La Iglesia nunca ha enseñado que el cristiano deba permanecer indiferente ante la pobreza, la injusticia, la violencia o el sufrimiento humano.

Tampoco considera que las preocupaciones sociales sean incompatibles con la vida espiritual.

De hecho, la Sagrada Escritura contiene numerosas exhortaciones a practicar la justicia.

El profeta Miqueas resume algunas de las exigencias fundamentales de la vida moral:

«Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno, lo que el Señor exige de ti: tan solo que practiques la justicia, que ames la misericordia y que camines humildemente con tu Dios» (Miqueas 6,8).

La justicia, la misericordia y la humildad son virtudes profundamente arraigadas en la revelación bíblica.

El propio Jesucristo se identifica con los necesitados en el Evangelio de san Mateo:

«En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo 25,40).

El cristianismo no puede reducirse a una espiritualidad desencarnada que ignore las necesidades materiales del prójimo.

El hombre es una unidad de cuerpo y alma.

Por eso, la caridad cristiana debe manifestarse tanto en la atención a las necesidades materiales como en la preocupación por la salvación eterna de las personas.

En este sentido, un católico puede coincidir plenamente con muchas iniciativas que se

desarrollan bajo el nombre de Tikún Olam.

Puede colaborar en proyectos contra la pobreza, defender a los enfermos, ayudar a los refugiados, proteger a los niños, combatir la explotación laboral o participar en iniciativas de protección medioambiental.

No existe contradicción alguna entre estas acciones y la fe católica.

La contradicción aparece cuando se pretende atribuir a esas acciones un significado salvífico que excluya la necesidad de la gracia, de la redención o de Jesucristo.

El católico puede colaborar en la reparación de las heridas del mundo, pero nunca debe confundir esa colaboración con la capacidad de redimir el mundo.

6. La cuarta objeción: el peligro de un mesianismo puramente terrenal

Una de las cuestiones más delicadas aparece cuando la idea de reparar el mundo se transforma en un proyecto de perfeccionamiento histórico que deja de reconocer los límites de la naturaleza humana.

El hombre puede construir sociedades mejores, pero continúa siendo una criatura marcada por la fragilidad y el pecado.

La historia demuestra que incluso los proyectos nacidos de ideales elevados pueden terminar produciendo injusticias cuando pretenden imponer una visión absoluta del bien mediante el poder.

La tentación consiste en pensar que, si conseguimos establecer las condiciones políticas, económicas y culturales adecuadas, podremos alcanzar una humanidad definitivamente reconciliada.

Esta esperanza puede adquirir una dimensión casi mesiánica.

El problema no está en desear una sociedad justa. El problema está en atribuir a un proyecto histórico aquello que pertenece exclusivamente a la salvación definitiva.

La Iglesia ha advertido repetidamente contra esta confusión.

La constitución pastoral Gaudium et spes del Concilio Vaticano II, en su número 39, aborda precisamente la relación entre el progreso terreno y el Reino de Dios.

Enseña que debemos distinguirlos cuidadosamente, aunque reconoce que el progreso humano puede contribuir al mejor ordenamiento de la sociedad y tener importancia para el Reino de Dios.

Esta enseñanza evita dos extremos:

- El espiritualismo que considera irrelevante el mundo material.
- El temporalismo que identifica la salvación con la construcción de una sociedad terrenal perfecta.

El cristiano no es un revolucionario que espera establecer el paraíso mediante una transformación política.

Tampoco es un indiferente que observa pasivamente las injusticias mientras espera el cielo.

Es un discípulo de Cristo que trabaja por el bien, practica la justicia, sirve a los pobres y espera la consumación definitiva que solamente Dios puede conceder.

Aquí resulta especialmente iluminadora la enseñanza de san Agustín sobre las dos ciudades.

En La ciudad de Dios, el obispo de Hipona distingue entre dos amores que orientan profundamente la existencia humana: el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo y el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios.

Las dos ciudades no deben identificarse mecánicamente con dos Estados o instituciones políticas concretas.

Son realidades espirituales definidas por el amor que mueve a sus miembros.

San Agustín nos recuerda que ninguna organización política puede convertirse en la ciudad celestial.

La sociedad terrena tiene bienes auténticos que deben protegerse, pero no puede ofrecer la bienaventuranza definitiva.

La paz política es un bien. La paz eterna es un bien infinitamente superior.

Esta distinción es especialmente necesaria en una época en la que determinados discursos presentan la transformación social como si fuera la respuesta definitiva al problema humano.

7. La quinta objeción: no basta con reparar las estructuras si se olvida la conversión del corazón

Otra cuestión fundamental es la relación entre las estructuras sociales y la conversión personal.

La doctrina católica reconoce que existen estructuras injustas que favorecen el pecado, perpetúan abusos y dificultan el desarrollo de las personas.

Pero también enseña que esas estructuras nacen y se mantienen por decisiones humanas.

No podemos combatir eficazmente la injusticia sin afrontar la raíz moral de muchas de nuestras acciones.

El Evangelio sitúa esta cuestión en el corazón del hombre.

Jesús enseña:

«Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias» (Mateo 15,19).

La maldad no procede exclusivamente de circunstancias económicas o sociales.

También nace de la voluntad humana cuando se aparta de Dios.

Una sociedad puede aprobar leyes excelentes y continuar habitada por personas egoístas.

Puede establecer sistemas de protección social y seguir sufriendo la corrupción.

Puede proclamar la igualdad y tolerar nuevas formas de explotación.

Puede hablar constantemente de solidaridad mientras desprecia al prójimo en la vida cotidiana.

Por eso, la transformación cristiana debe comenzar por la conversión.

San Juan Bautista no invitaba simplemente a reformar las estructuras políticas de su tiempo.

Su predicación comenzaba con una llamada radical:

«Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos» (Mateo 3,2).

Y Jesucristo comienza su predicación pública con la misma llamada (Mateo 4,17).

La conversión no consiste únicamente en adoptar comportamientos socialmente aceptables.

Significa volver a Dios, reconocer el pecado, arrepentirse, recibir su misericordia y orientar toda la existencia hacia Él.

La Iglesia enseña que la conversión es una transformación profunda de la persona, no un simple cambio de mentalidad política o de preferencias culturales.

Por eso, cualquier programa de reparación del mundo que olvide la necesidad de la conversión personal resulta insuficiente desde una perspectiva católica.

No basta con cambiar el mundo exterior si el corazón humano permanece esclavizado por el pecado.

8. ¿Qué relación existe entre Tikún Olam y la esperanza mesiánica judía?

Para comprender adecuadamente las diferencias entre el judaísmo y el cristianismo, debemos abordar también la cuestión del Mesías.

La esperanza mesiánica ocupa un lugar fundamental en la historia de Israel.

Los profetas anunciaron un futuro de justicia, paz y restauración relacionado con la intervención de Dios.

Isaías describe una imagen extraordinaria:

«Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito» (Isaías 11,6).

El texto presenta una creación reconciliada bajo el reinado del descendiente de Jesé.

Para la fe cristiana, estas promesas encuentran su cumplimiento en Jesucristo, aunque su consumación definitiva todavía está pendiente.

Cristo ha inaugurado el Reino de Dios mediante su encarnación, predicación, muerte y resurrección.

Sin embargo, todavía esperamos su plenitud.

Esta tensión entre el «ya» y el «todavía no» constituye una característica fundamental de la esperanza cristiana.

El Reino está presente, pero todavía no se ha manifestado en toda su gloria.

En el judaísmo, por su parte, la interpretación de las promesas mesiánicas sigue caminos distintos, puesto que no se reconoce a Jesús como el Mesías esperado.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 840, expresa esta diferencia con claridad.

Explica que el pueblo judío y el nuevo Pueblo de Dios se orientan hacia una esperanza relacionada con la venida o el retorno del Mesías, pero señala que los cristianos esperan el regreso de aquel que murió y resucitó, mientras que el judaísmo espera la venida de un Mesías cuyos rasgos permanecen ocultos.

Esta diferencia no es secundaria.

Para el cristiano, el Mesías no es una figura futura desconocida.

Es una persona histórica concreta: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

El cristianismo no espera que la humanidad descubra por sí misma cómo alcanzar la plenitud mesiánica.

Espera que vuelva aquel que ya ha vencido al pecado y a la muerte.

Por eso, si Tikún Olam se interpreta como la colaboración humana en la preparación de un mundo más justo, no existe necesariamente una contradicción moral con la fe católica.

Pero si se convierte en una esperanza mesiánica autónoma, desligada de Jesucristo y presentada como alternativa a su obra redentora, surge una incompatibilidad doctrinal fundamental.

El cristiano no puede aceptar una visión de la plenitud humana que prescinda de aquel que es el Señor de la historia.

9. Una cuestión especialmente importante: ¿qué enseña la Iglesia sobre el pueblo judío?

Al abordar estas cuestiones debemos recordar algo que no puede quedar oscurecido por ninguna crítica teológica: la relación entre la Iglesia y el pueblo judío tiene una singularidad que la diferencia de su relación con otras religiones.

El cristianismo nació en el seno del pueblo de Israel.

Jesucristo nació judío.

La Virgen María era judía.

Los apóstoles pertenecían al pueblo judío.

Las primeras comunidades cristianas estaban profundamente vinculadas a las Escrituras de Israel.

La Iglesia no puede comprender su propia identidad sin reconocer estas raíces.

San Pablo desarrolla esta cuestión en los capítulos 9, 10 y 11 de la carta a los Romanos.

En Romanos 11 utiliza la imagen del olivo para explicar la relación entre Israel y los cristianos procedentes de los pueblos paganos.

Los gentiles han sido injertados en un olivo cuya raíz no han creado ellos.

Por eso, san Pablo advierte:

«No te engrías contra las ramas. Y si te engríes, sabe que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz quien te sostiene» (Romanos 11,18).

Es una advertencia de extraordinaria importancia.

El cristiano no debe mirar con desprecio al pueblo del que recibió las Escrituras, los patriarcas y las promesas.

En el mismo capítulo encontramos una de las afirmaciones más importantes para comprender esta relación:

«Pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Romanos 11,29).

Esta enseñanza está recogida en el Catecismo de la Iglesia Católica, números 839-840.

También constituye uno de los fundamentos de la declaración Nostra aetate, promulgada por san Pablo VI el 28 de octubre de 1965.

En su número 4, el Concilio Vaticano II recuerda los vínculos espirituales que unen al pueblo del Nuevo Testamento con la descendencia de Abraham.

El documento reconoce que la Iglesia recibió las Escrituras del Antiguo Testamento a través del pueblo judío y que los comienzos de su fe se encuentran en los patriarcas, Moisés y los profetas.

Además, rechaza expresamente la presentación de los judíos como un pueblo rechazado o maldito por Dios.

También condena el antisemitismo y cualquier persecución dirigida contra ellos.

Estas afirmaciones son esenciales para cualquier reflexión católica seria.

No podemos utilizar las diferencias doctrinales para alimentar desprecio, hostilidad o generalizaciones injustas.

El católico está llamado a reconocer la herencia espiritual de Israel, a estudiar sus Escrituras y a mantener un diálogo respetuoso con los judíos.

Pero ese respeto no exige renunciar a la confesión de Jesucristo como único Salvador.

La caridad y la verdad no son enemigas.

10. ¿Puede un católico participar en iniciativas de Tikún Olam?

La respuesta depende de la naturaleza concreta de la iniciativa y de las convicciones religiosas que la acompañen.

Si se trata de colaborar en una acción solidaria, defender la dignidad humana, ayudar a los pobres, proteger a los enfermos o combatir una injusticia, no existe una objeción católica por el simple hecho de que la iniciativa utilice la expresión Tikún Olam.

Los católicos pueden cooperar con personas de otras religiones en la consecución de bienes humanos auténticos.

El propio magisterio de la Iglesia reconoce la posibilidad de esa colaboración.

En Evangelii gaudium, números 247-249, el papa Francisco recuerda la relación espiritual que une a cristianos y judíos, reconoce la importancia de su patrimonio compartido y señala que pueden compartir convicciones éticas y preocupaciones por la justicia y el desarrollo de los pueblos.

Por tanto, no sería correcto afirmar que todo uso contemporáneo de Tikún Olam resulta incompatible con el catolicismo.

Sin embargo, conviene mantener algunas distinciones.

Primera: colaboración social no significa adhesión doctrinal.

Un católico puede colaborar con una organización judía en una iniciativa de asistencia a personas necesitadas sin asumir por ello todas sus convicciones religiosas.

Segunda: respetar una tradición religiosa no significa aceptar todas sus interpretaciones.

El diálogo interreligioso exige conocimiento, respeto y sinceridad, no una renuncia a la propia identidad.

Tercera: el bien común no puede convertirse en un sustituto de la salvación.

La construcción de una sociedad justa es una responsabilidad moral, pero no constituye por sí misma la plenitud del Reino de Dios.

Cuarta: ninguna iniciativa social debe justificar acciones contrarias a la moral cristiana.

La cooperación tiene límites cuando implica aceptar prácticas incompatibles con la dignidad humana o con la ley moral.

En definitiva, el católico puede colaborar en la reparación de las heridas de la sociedad, pero debe hacerlo desde su identidad cristiana y sin confundir la transformación temporal con la redención sobrenatural.

11. El peligro contemporáneo: una religión reducida a mejorar el mundo

La cuestión de Tikún Olam nos permite abordar un problema que afecta también a determinados ambientes cristianos.

Existe una tendencia a presentar el cristianismo fundamentalmente como una propuesta ética y social.

Según esta perspectiva, lo importante sería construir una sociedad más justa, fomentar la solidaridad, combatir la discriminación y promover la convivencia.

Todas estas cosas pueden ser buenas.

Pero ¿dónde quedan el pecado, la gracia, la Cruz, la Resurrección, la vida eterna y la necesidad de conversión?

¿Qué ocurre cuando la Iglesia deja de hablar del juicio de Dios y comienza a presentar su misión principalmente como una actividad de transformación social?

¿Qué sucede cuando Jesucristo deja de ser anunciado como el Salvador y pasa a convertirse simplemente en un ejemplo moral de solidaridad?

El problema no es que los cristianos trabajen por la justicia.

El problema es que olviden por qué lo hacen y de dónde procede la fuerza para hacerlo.

El Evangelio no es una teoría de organización social.

Tampoco es una filosofía moral entre otras muchas.

Es el anuncio de que Dios ha entrado en la historia para salvar al hombre.

La Cruz no es simplemente un símbolo de resistencia frente a la injusticia.

Es el sacrificio redentor mediante el cual Jesucristo reconcilia a la humanidad con el Padre.

La Resurrección no representa únicamente la victoria de unos ideales sobre la adversidad.

Es un acontecimiento real que inaugura una vida nueva y transforma radicalmente el destino

de la humanidad.

La Iglesia no existe únicamente para contribuir a que las sociedades sean más agradables.

Existe para anunciar a Cristo, administrar los sacramentos, predicar la verdad revelada y conducir a los hombres hacia la salvación.

Y precisamente porque cree en la vida eterna, no puede desentenderse de las necesidades de la vida presente.

La caridad cristiana no es una alternativa a la evangelización, sino una consecuencia de ella.

12. La verdadera reparación cristiana: conversión, santidad y caridad

Llegados a este punto, podemos formular una pregunta más personal:

¿Qué significa reparar el mundo desde una perspectiva católica?

La respuesta no consiste en rechazar toda iniciativa de transformación social, sino en comprenderla desde una perspectiva sobrenatural.

El cristiano está llamado a colaborar con Dios en la restauración de todas las cosas en Cristo.

Pero esa colaboración tiene un orden espiritual concreto.

La reparación comienza con la conversión

No podemos pretender transformar el mundo mientras nos negamos a reconocer nuestros propios pecados.

Antes de señalar la corrupción de los demás, debemos examinar nuestra conciencia.

Antes de exigir justicia, debemos preguntarnos si somos justos.

Antes de denunciar la falta de caridad, debemos examinar cómo tratamos a nuestros familiares, compañeros y personas que nos resultan difíciles.

La conversión cristiana no es una idea abstracta.

Se concreta en el arrepentimiento, la confesión sacramental, la renuncia al pecado y el deseo sincero de vivir según el Evangelio.

La reparación continúa mediante la santidad

La santidad no consiste en convertirse en una persona socialmente impecable.

Consiste en vivir unido a Dios, permitiendo que su gracia transforme nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestros afectos.

Un padre que educa cristianamente a sus hijos, una madre que sostiene a su familia con paciencia, un trabajador que rechaza la corrupción, un empresario que trata justamente a sus empleados y un sacerdote que permanece fiel a su vocación contribuyen a transformar el mundo.

La santidad tiene consecuencias sociales.

El pecado destruye relaciones, familias y comunidades.

La virtud contribuye a restaurarlas.

La reparación se manifiesta en la caridad

San Pablo dedica el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios a la excelencia de la caridad.

Allí recuerda que incluso las obras extraordinarias carecen de valor sobrenatural si no están animadas por el amor.

La caridad cristiana no busca simplemente realizar acciones socialmente admirables.

Busca amar al prójimo por amor a Dios.

Por eso, la ayuda material debe ir acompañada de respeto, misericordia, humildad y preocupación por el bien integral de la persona.

El cristiano no ayuda a los pobres para sentirse moralmente superior.

Los ayuda porque reconoce en ellos la dignidad de criaturas amadas por Dios.

La reparación exige oración y vida sacramental

No podemos olvidar que la transformación cristiana no se sostiene exclusivamente mediante la voluntad humana.

Necesitamos la gracia.

La Eucaristía nos une sacramentalmente a Cristo y alimenta nuestra vida sobrenatural.

La confesión nos reconcilia con Dios cuando hemos caído en el pecado.

La oración nos permite mantener viva nuestra relación con el Señor.

Sin esta dimensión sobrenatural, el compromiso cristiano corre el riesgo de convertirse en activismo.

Podemos terminar haciendo muchas cosas en nombre de Dios mientras descuidamos nuestra relación personal con Él.

Y entonces habremos perdido el centro de nuestra misión.

13. La Iglesia no espera una humanidad perfecta construida por sus propias fuerzas

Hay una diferencia profunda entre la esperanza cristiana y el optimismo puramente histórico.

El optimismo humano puede confiar en que el desarrollo científico, la educación, las reformas políticas y la evolución cultural conducirán progresivamente a una humanidad mejor.

El cristiano puede valorar todos estos avances.

Pero sabe que el pecado no desaparecerá simplemente mediante el progreso.

La humanidad necesita algo que ningún desarrollo tecnológico puede proporcionarle.

Necesita la redención.

El cristiano tampoco identifica el Reino de Dios con una estructura política determinada, una civilización concreta o un modelo económico particular.

La Iglesia peregrina vive en la historia, pero no pertenece a ningún proyecto histórico como si este pudiera agotar su misión.

Su esperanza es mucho más grande.

Espera la venida gloriosa de Jesucristo.

Espera la resurrección de los muertos.

Espera el juicio universal.

Espera los cielos nuevos y la tierra nueva.

Espera la comunión definitiva con Dios.

Esta esperanza no nos aleja del mundo.

Nos hace responsables de él.

Precisamente porque creemos que el mundo pertenece a Dios, debemos tratarlo con respeto, defender la vida humana, cuidar de los débiles y combatir el mal.

Pero también debemos recordar que el destino último de la creación no depende de nuestra capacidad de organización.

Depende de la fidelidad de Dios a sus promesas.

Conclusión: el mundo necesita justicia, pero necesita sobre todo a Jesucristo

Tikún Olam nos sitúa ante una cuestión que merece ser examinada con seriedad: la responsabilidad del ser humano de contribuir a mejorar el mundo en el que vive.

En sus dimensiones jurídicas, sociales y solidarias, contiene preocupaciones que pueden ser legítimamente compartidas por los católicos.

La justicia, la misericordia, la defensa de los vulnerables y la responsabilidad ante la creación no son valores ajenos al cristianismo.

Forman parte de la propia tradición bíblica y de la enseñanza moral de la Iglesia.

Sin embargo, la fe católica establece una distinción fundamental: el hombre puede colaborar en la mejora del mundo, pero no puede redimirlo por sus propias fuerzas.

Puede reparar determinados daños, pero no eliminar el pecado original.

Puede construir sociedades más justas, pero no establecer la justicia definitiva.

Puede aliviar el sufrimiento, pero no vencer definitivamente la muerte.

Puede trabajar por la paz, pero no conceder la reconciliación sobrenatural con Dios.

Todo esto pertenece a Jesucristo.

Por eso, la objeción católica no debe dirigirse indiscriminadamente contra el concepto de Tikún Olam ni contra quienes lo practican desde sus propias convicciones religiosas.

Debe dirigirse contra cualquier interpretación que convierta la reparación humana en una alternativa a la redención divina, que reduzca la salvación a un proyecto histórico o que considere innecesaria la mediación salvadora de Cristo.

El cristianismo no anuncia simplemente que podemos construir un mundo mejor.

Anuncia algo infinitamente más grande: Dios ha venido al mundo para salvarnos.

El Verbo eterno se hizo carne.

El Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza.

Murió en la Cruz por nuestros pecados.

Resucitó al tercer día.

Y volverá glorioso para juzgar a vivos y muertos.

Esta es nuestra esperanza.

No esperamos una humanidad que se salve a sí misma mediante un proceso indefinido de perfeccionamiento moral.

Esperamos a Jesucristo.

Y mientras esperamos su regreso, tenemos la obligación de trabajar, amar, servir, perdonar, proteger al débil y defender la verdad.

Pero debemos hacerlo sin olvidar nunca quién es el verdadero Redentor.

Porque el mundo necesita justicia, necesita misericordia, necesita solidaridad y necesita paz.

Pero, por encima de todo, el mundo necesita a Jesucristo.

Y ninguna reparación humana, por noble que sea, podrá sustituir jamás la obra salvadora de la Cruz.

Fuentes bíblicas y doctrinales para profundizar

Sagrada Escritura

- Génesis 3: el pecado original y la ruptura de la relación con Dios.
- Isaías 11,1-9: la esperanza mesiánica y la reconciliación de la creación.
- Miqueas 6,8: justicia, misericordia y humildad ante Dios.
- Mateo 4,17: la llamada de Cristo a la conversión.
- Mateo 25,31-46: el juicio final y la caridad hacia los necesitados.
- Romanos 3,21-26: la justificación por la gracia mediante la redención de Cristo.
- Romanos 9-11: el misterio de Israel y su relación con la Iglesia.
- Efesios 2,8-10: la salvación por gracia y las buenas obras.
- Efesios 1,3-14: la recapitulación de todas las cosas en Cristo.
- Apocalipsis 21,1-5: los cielos nuevos y la tierra nueva.

Catecismo de la Iglesia Católica

- 1996-2001: la gracia como don gratuito de Dios.
- 839-840: la relación de la Iglesia con el pueblo judío.
- 1042-1050: la esperanza de los cielos nuevos y la tierra nueva.

Magisterio de la Iglesia

- Concilio Vaticano II, Nostra aetate, n.º 4 (1965): relación de la Iglesia con el pueblo judío.
- Concilio Vaticano II, Gaudium et spes, n.º 39 (1965): progreso humano y esperanza cristiana.

- Francisco, Evangelii gaudium, nn. 247-249 (2013): diálogo y relación con el judaísmo.

Fuentes para comprender el desarrollo histórico de Tikún Olam

- Mishná, tratado Guitín 4,2: utilización rabínica de la expresión en el contexto del ordenamiento jurídico.
- Tradición de la Cábala luriana: desarrollo místico de la reparación cósmica asociado a Isaac Luria.
- Lawrence Fine, estudios sobre el motivo luriano de Tikún en el pensamiento judío contemporáneo.

La distinción entre estos diferentes contextos históricos es imprescindible para evitar atribuir a toda la tradición judía una interpretación única del concepto.